

EL METEORO.

PERIODICO SEMANAL

DE LITERATURA, ARTES, CIENCIAS, MODAS Y TEATROS.

TOMO TERCERO.

RECUERDOS

DE UN VIAJE POR ANDALUCÍA,

SEVILLA

V.

CONTINUACION.

La salida de Sevilla de Don Pedro el Cruel en aquella época caballeresca de la historia de España, antes que la noche de la tiranía y del fanatismo se hubiese estendido sobre la tierra, fué un motivo de congratulación para todas las clases del pueblo, que con señales de alegría celebraban la aproximación de los victoriosos Duques de Guislin y Don Enrique: pero el júbilo duró poco, al reflexionar algunos, que Don Pedro podría sostener la fortaleza del palacio del Alcazar é interrumpir cualesquiera síntomas de alegría, que les fuese poco agradable.

Pero como las noticias reunían la fuerza que Don Pedro se había retirado, al triste silencio que se observaba sucedió bien pronto la feroz tempestad

de la impaciencia é ira popular. Los ojos al rey Enrique que habían comenzado por un murmullo sordo, hirieron de repente los oídos atrevidamente, mezclándose y confundiéndose con las execraciones á su rival, y las voces de venganza.

Unos pocos de los más resueltos, que formaban el núcleo de un populacho, habiéndose reunidos en las calles, pronto llamaron á un gefe: y un atrevido carnicero, según nos informan, de aspecto siniestro y feroz, presentándose á ellos, ofrecióse á conducirlos; cuya propuesta fué admitida inmediatamente. En medio de los atronadores gritos, y el ruido infernal de mil elementos de discordia, entraron por los hermosos pasos, viniendo á su encuentro un segundo populacho, procedente de las calles bajas de la Macarena. En vez de reunir sus fuerzas para cumplir el objeto de asaltar el Alcazar, emprendieron una fructuosa lucha á fin de cerciorarse cual de los dos partidos beligerantes debía llevar la preferencia: rendidas y agotadas sus fuerzas los dos gefes propusieron una tregua, mientras sus secas se reponían y al jaban del campo los muertos y heridos. Entonces, el gefe rival propuso atacar á trece del oro pero el carnicero dió orden para empezar por el viejo Alcazar, en donde el ti-

rano y su querida habian tenido sus detestadas orgias, y perpetrado tantas crueldades que clamaban venganza.

Al llegar al palacio de la fortaleza que se alzaba ante su vista en toda su antigua fuerza y grandiosidad, prorrumpieron en giros aterradores, y dando el gefe la voz de ataque y destruccion de todo vestigio de la que tubo parte en la muerte de su reina, emprendieron el asalto. Habiendo forzado la entrada llamada la Monteria, derribaron primero las armas de Castilla, y adelantaronse á gozar el interior de las magnificas habitaciones, y ricamente adornadas salones. Aunque poderosamente aseguradas sus puertas por los que habian huido precipitadamente, los fuertes cerrojos y barras desprendieronse como cañas á impulso del huracan destructor. Pero al querer penetrar fueron heridos de asombro y admiracion: la espaciosa galeria con sus cien columnas de marmol: la sala de audiencia adornada de arabescos esquisitos, bellos mosaicos, ricos stucos, pinturas y estatuas de los mas celebres maestros que daban un realce casi magico á las cornizas laboriosamente adornadas, todos estos objetos lujosos al par que encantadores detuvieron los pasos de los malvados, quienes reponiendose bien presto comenzaron la obra de la destruccion como furias infernales apoberafas de un hermoso paraíso, que por largo tiempo habia desafiado su poder. Malogradas sus esperanzas en el descubrimiento de los tesoros, desahogaron su furor sobre los esplendidos tapices, las soberbias pieles, y otros preciosos regalos, tributo de los Reyes moros.

(Continuará.)

A D. V. M. C.

¿Qué sonido misterioso,
Delicioso,
En mi oido resonó?
¿Porque se agita mi pecho
Satisfecho
Y mi mente fascinó?

Veo cruzar una sombra
Por la alfombra
Del solitario jardin,
Se detiene... ya ha partido,
Y ha cojido
Una rama de jazmin.

Rapidamente se aleja
Y me dejé....
Es un jóv n trovador;
Aun se percibe su lira,
Y aun me mira,
Mas no verá mi dolor.

Ya cruzó el hermoso prado
Perfumado,
Del todo desapareció;
¡Ah! de su lira el sonido
Apetecido,
En el aire se perdió.

Si vuelves cuando la aurora
Seductora
Bañe de luz el vergel,
Te daré un ramo de rosas
Olorosas
Y coronas de laurel:
Y sobre el cesped sentado,
A mi lado:
Verás la cándida flor,
Y el arroyo cristalino
Peregrino
Donde bebe el ruisenor.

Mas ¡ay Dios! mi triste acento
Solo el viento
Que murmura escuchará